



DOMINGO TERCERO DE ADVIENTO*

“La gente le preguntaba: Pues ¿qué debemos hacer?”

Luis Fernando Crespo

No dejen de leer los Textos Bíblicos antes del comentario

Lecturas: Sofonías 3,14-18; Filipenses 4,4-7; Lucas 3,10-18

Las lecturas de este domingo nos hacen presentir la cercanía del Señor. Invitan a la confianza y a la alegría, pero no de manera ingenua y superficial; recuerdan la necesidad de una conversión que ha de concretarse según la condición y circunstancia de cada uno. La gente que acudía donde Juan Bautista, al escucharle, siente la necesidad de preguntarle: “Pues ¿qué debemos hacer?”.

Sofonías es un profeta que vive en el siglo séptimo en medio de una situación de zozobra y caos. Una parte del país había caído en manos asirias y muchos se habían extraviado hacia el culto a dioses extranjeros, los poderosos –príncipes, jueces y comerciantes- “llenen la Casa de su Señor de violencia y de fraude” (1,9). El profeta exhorta a la conversión a Dios: “Busquen a Yahvé, ustedes, humildes de la tierra”, lo que en aquella situación se concretaba en “busquen la justicia, busquen la humildad” (2,3). Dios promete a su pueblo una salvación, cuya primicia será un resto fiel: “Dejaré en medio de ti un pueblo humilde y pobre” designado como “el Resto de Israel” (3,12-13). Ese anuncio despertará una alegría esperanzada porque Dios se acuerda y estará presente de nuevo en medio de su pueblo y éste podrá vivir sin temor: “lanza clamores, Israel, celébralo alegre de todo corazón”. ¿Qué mejor pregón para anunciar y preparar una Navidad, en la que podamos experimentar como pueblo que “tu Dios está en medio de ti”? Pero, como sugiere Sofonías, hay que recibirlo con un corazón “humilde y pobre”, es decir sencillo, justo y solidario. Condición y a la vez efecto de una buena celebración de Navidad. Adviento es un tiempo para “buscar a Dios”, a la vez cercano y lejano. Está cercano, en medio de nosotros, cuando nos situamos como parte del pueblo, “pueblo humilde y pobre”; pero del que a veces nos sentimos lejanos y aislados.

El texto de la carta de Pablo a los Filipenses abunda en la misma exhortación reiterada a la alegría, que en última instancia radica en la experiencia de la presencia y

* Ciclo C

del amor de Dios. “El Señor está cerca”, siempre está cerca, incluso cuando nos parece lejano y ausente. Es una afirmación audaz de la fe, en medio de tantas incertidumbres y temores, sufrimientos y decepciones. No es fácil. La alegría no significa ausencia de dificultades, tiene que ver más con lo que Pablo llama “la paz de Dios”, confianza en su cercanía y en su amor. Paz “que supera toda inteligencia”. Nuestros criterios para la alegría y la paz, con frecuencia, tienen más que ver con el bienestar individual, al margen de lo que les toca pasar a los demás. En cambio, la “paz en la tierra”, que se anunció a los pastores de Belén, está destinada a todas “las personas a las que Dios ama”. Esa nota de inclusión –“todas las personas”- constituye su novedad y su clave para juzgar nuestra manera de buscar la alegría y la felicidad.

El evangelio de Lucas continúa presentando los efectos de la predicación de Juan Bautista en el desierto: la reacción de las gentes que acudían al “bautizo de conversión” y su respuesta a lo que algunos pensaban sobre él: “si no sería él el Cristo”. Juan con un lenguaje duro les había provocado: “Raza de víboras... den, pues, frutos de conversión” y no anden confiando en inútiles seguridades: “tenemos por padre a Abrahán”. Es la reacción, siempre a la defensiva, de los que se creen los buenos e incuestionables; los equivocados son los otros, los que no piensan como ellos. Lo peor es que fácilmente pasan a la ofensiva descalificadora y agresiva. ¡Cómo necesitamos hoy en la sociedad -y en la iglesia- lo del corazón “humilde y sencillo” de Sofonías!

Ante las palabras duras y claras de Juan, la reacción de muchos de los oyentes resultó bien dispuesta y aleccionadora: “La gente le preguntaba: Pues ¿qué hemos de hacer?”. La respuesta de Juan no se quedaba en generalidades, escuchaba a cada grupo y discernía en qué habrían de consistir sus frutos de conversión. Lo que llama la atención es que todas sus respuestas tienen que ver con la relación que uno tiene con los demás, giran en torno a la solidaridad con quienes necesitan y con la necesaria justicia que repare los abusos con que se ha vulnerado a los más débiles: compartan, no abusen, no extorsionen. Cada uno de nosotros debe también lealmente preguntarse y preguntar: “¿qué he de hacer?”, ¿en qué he de cambiar, sin refugiarnos en fáciles autojustificaciones, dejándonos más bien cuestionar por las necesidades y demandas del vasto mundo de los “otros”. En ellas nos habla, no ya Juan, sino el mismo Señor. En esa pregunta podemos encontrar un buen ejercicio para la oración personal y para la revisión comunitaria en el tiempo del adviento.

Juan, junto al río Jordán, amonesta y llama a conversión, como los antiguos profetas de Israel: habla con claridad porque conoce bien las situaciones y prácticas que generan injusticia en medio del pueblo. La gente, que en ese tiempo sufría la opresión del imperio romano y el desentendimiento por parte de las autoridades judías, “estaba expectante y andaban todos pensando en sus corazones acerca de Juan, si no sería él el Cristo”. En medio de la opresión se despertaba la esperanza de la liberación, que en la tradición popular se personalizaba en el Mesías, en el Cristo. Juan tiene clara su identidad y su misión: anunciar “al que está a punto de llegar, el que es más fuerte (importante) que yo”. Establece bien la diferencia: “yo los bautizo con agua; ... Él los bautizará en Espíritu Santo y fuego”. La intención de Lucas, recogiendo las palabras de

Juan, está centrada en el anuncio de Jesús como el Mesías esperado y anunciado por los profetas. En este lugar Lucas hace un pequeño y significativo cambio en el orden de lo que sigue. Marcos y Mateo sitúan directamente en este contexto el bautismo de Jesús, Lucas, en cambio, antes de narrar el bautizo de Jesús informa que Juan es tomado preso. Quizá una manera sutil de subrayar la superioridad de Jesús: él es aquél sobre quien desciende el Espíritu Santo y para quien se deja oír la voz “Tu eres mi hijo amado, mi predilecto” (3,21-22).

“El los bautizará en Espíritu Santo y fuego”. El bautismo cristiano, aun manteniendo la tradición y el simbolismo del agua, encuentra su pleno sentido en la presencia y acción del Espíritu Santo que nos introduce en el misterio de Jesús. El evangelio de Juan, en el diálogo nocturno de Jesús con Nicodemo, lo alude como un “renacer del agua y del Espíritu” (Jn.3,5). Por otra parte, el mismo Lucas al describir el acontecimiento de Pentecostés, expresa: “Se les aparecieron unas lenguas como de fuego... se llenaron todos de Espíritu Santo” (Hech.3,3-4). La fuerza inspiradora y purificadora del Espíritu es como la del fuego, una imagen muy presente en la Biblia.

Encaminarnos en el Adviento a celebrar la Navidad del Señor es ocasión para reavivar la presencia del Espíritu que nos hace renacer a una vida nueva de hijos e hijas de Dios y de fraternidad entre nosotros. Tratemos de concretar de alguna manera esa novedad. Nuestra sociedad necesita gestos que hablen de solidaridad efectiva y de largo aliento, de preocupación y cuidado de los más desprotegidos. El nacimiento de Jesús en la periferia de la ciudad, entre los pastores, por no haber encontrado en la ciudad un albergue que lo acogiera, nos debe hacer repensar actitudes, criterios y prioridades. La Primera Navidad aconteció en el duro contexto de su tiempo. Nuestra Navidad hay que celebrarla en el nuestro, con esperanza y renovada solidaridad que acoja a Jesús que volverá a nacer entre los más pobres e insignificantes.